



LOS TERRITORIOS DEL AGUA: LAS SIERRAS Y VALLES INTERIORES DEL LITORAL MALAGUEÑO Y GADITANO

José Antonio Castillo Rodríguez

María Luisa Gómez Moreno

Antonio Pulido Pastor

El topónimo Serranía de Ronda corresponde a un amplio conjunto de sierras que se despliegan entre el límite sur de la Depresión de Antequera-Campillos (Ortegícar) y el Campo de Gibraltar, y se levanta entre la Depresión del Guadalhorce, por el este, y la campiña del Guadalete, por el oeste. Esta extensión considerable explica que no reciba una denominación única, dependiendo, fundamentalmente, de la escala de acercamiento que empleemos: a una escala más detallada, los nombres de Sierra del Aljibe, Sierra de Grazalema o Sierra de las Nieves corresponden a otros tantos elementos de este complejo serrano.

El elemento que aglutina estas sierras viene dado por la organización y por la percepción de que es y ha sido objeto por las distintas sociedades que las han ocupado. La fuerza de este elemento se ha impuesto a su extrema complejidad litológica y tectónica, a la diversidad de paisajes que, en consonancia con ésta y con sus contrastadas características climáticas, presenta. De esta forma, hablar de la Serranía de Ronda es mencionar uno de los espacios de la montaña andaluza más conocidos dentro y fuera de nuestras fronteras.

Para comprender el alcance de su complejidad, hay que aludir al conjunto de los Sistemas Béticos. Éstos configuran una amplia cordillera que recorre desde las inmediaciones del Estrecho hasta el cabo de la Nao, para volver a emerger en el archipiélago balear. Están integrados por un conjunto de unidades diferenciadas por su litología y tectónica. La disposición de estas unidades podemos compararla con un abanico entreabierto, en cuyo gozne, correspondiente a su extremo sudoccidental —esto es, la Serranía de Ronda—, las varillas permanecen unidas, desplegándose a medida que se avanza hacia el este y noreste, donde las unidades se van separando y destacando con nitidez entre corredores y asemejándose, pues, a las varillas abiertas sobre el paisaje. Por tanto, si las sierras cordobesas y jiennenses se caracterizan por ser calizas, y Sierra Nevada y la Sierra de los Filabres por combinar mármoles y materiales esquistosos, en la Serranía de Ronda estas distintas unidades se entremezclan para configurar un ámbito excepcional por la diversidad de materiales concentrada en una reducida superficie. Sirva esta analogía para comprender lo que constituye el principal rasgo de la Serranía de Ronda: su extrema complejidad litológica y tectónica que la convierten en una espléndida síntesis de la riqueza geológica, biológica y paisajística de los Sistemas Béticos.



Imagen cartográfica centrada en la Serranía de Ronda, con sectores montañosos de las provincias de Málaga y Cádiz, detalle del Mapa de la Comunidad Autónoma de Andalucía a escala 1:400.000, 2008.

(INSTITUTO DE CARTOGRAFÍA DE ANDALUCÍA)

A esta excepcionalidad de orden geológico, hay que unir otra de tipo climático, derivada de su emplazamiento y de su disposición. Al estar situada, como se adelantaba, en el traspás del Estrecho de Gibraltar, se localiza a barlovento del centro de acción que más precipitaciones aporta a la mitad meridional de la Península Ibérica: la Depresión de Azores, que incrementa su poder pluviométrico al encaramarse a las alturas, que van desde las suaves sierras areniscosas de la Unidad del Aljibe (en torno a los 1.000 m) hasta la agreste Sierra del Pinar en Grazalema (en torno a los 2.000 m). El resultado son unas lluvias abundantes en esta fachada occidental (entre 1.000 y 2.000 mm anuales), que van aminoriéndose hacia el este, por el efecto sotavento, llegando sólo a 700 mm en Alcaparaín, ya al borde de la Depresión del Guadalhorce.

Sin embargo, otro factor climático matiza el alcance y las características de los regadíos propiciados por esta abundancia de precipitaciones: las temperaturas. Su dilatada disposición suroeste-noreste implica un considerable alejamiento del mar para las estribaciones más septentrionales. Por su parte, la propia orientación de las alineaciones condena al frío a algunas de ellas, exponiéndolas a los vientos norteños invernales e interponiendo una barrera que las aleja del benéfico efecto marino. En cambio, a otras las protege de aquéllos y las abre a este último. Estos fuertes contrastes entre umbrías y solanas explican la especialización de los cultivos de regadío en frutales de hueso y pepita, más propios de climas templado-fríos –los jugosos peros de Ronda, los membrillos– o, por el contrario, en la amplia cohorte de especies subtropicales, donde los cítricos antes y los aguacates ahora marcan la diferencia.

Un tercer factor restringe la presencia del regadío: el suelo. Las margocalizas y arcillas de sinclinales y flysches no son adecuados, mientras que los travertinos bien orientados o las mismas vertientes pizarrosas, pacientemente escalonadas en terrazas, dan suelos que no se en-



Cumbres y pinsapar de la Sierra del Pinar, en Grazaalema (Cádiz).



Pastizales y ganadería en la Sierra de Grazaalema (Cádiz).

charcan. Por tanto, los regadíos se concentran en dos ámbitos, en estrecha relación con el poblamiento: el Valle del Genal y las estribaciones más orientales de la serranía, abiertas a la más benigna Hoya del Guadalhorce.

Dado que el regadío es el objeto de este estudio, se va a tratar primero la organización socioeconómica global de estas sierras para situar en ella la función de los regadíos, y abordar, a continuación, la descripción de un marco físico tan complejo en función de este factor.

Como adelantábamos, la Serranía de Ronda se interpone entre las grandes unidades del poblamiento andaluz: entre las campiñas del Guadalquivir y la encrucijada del Estrecho, entre el Atlántico y el Mediterráneo. Esta condición de bisagra ha sido interpretada de una forma dual por las culturas que la han habitado; en unas ocasiones, la han percibido como una unidad con capital en Ronda: la cora de *Takurunna*, entre Écija y Gibraltar, en el califato, y luego fugaz reino de taifas o la subprefectura de Ronda, dentro de la prefectura de Jerez, en la también efímera demarcación de José I durante la Guerra de la Independencia, casi 1.000 años después. En otras, se ha fragmentado entre los alfores de las ciudades de Ronda, Málaga y Marbella –más adelante lo detallaremos– junto con poderosos estados señoriales, como el del duque de



Campos de cereal en las tierras altas de Ronda (Málaga). (J. MORÓN)



Cultivos al pie de las estribaciones orientales del macizo de Ronda (Málaga). (J. MORÓN)



Panorámica del Valle del Genal con la Sierra de las Nieves al fondo, en la provincia de Málaga. (J. MORÓN)

Arcos. Pero subyaciendo a estos diversos “mapas políticos”, la organización socioeconómica ha mantenido una estrecha dependencia de esa diversidad litológica y climática, sólo rota por el advenimiento, tardío, del capitalismo a partir de los años cincuenta del siglo XX. Esta organización se basaba en varios aspectos:

– La riqueza de los pastos dictada por la abundancia de precipitaciones. En un contexto de escasez hídrica y de un sistema agrario que ligaba la ganadería extensiva a la agricultura de base cerealista, la ganadería ovina va a ser el engarce entre las cimas calizas de Grazalema, Líbar, Oreganal, Blanquilla, Nieves, y sus bosques de pinsapos, pinos, encinas y quejigos, hoy reunidas en los Parques



Naturales de Grazalema-Líbar y de Sierra de las Nieves, y las colinas cerealistas de la Meseta de Ronda, de la campiña del Guadalete o de la Hoya del Guadalhorce. Si esta práctica se detecta desde tiempos islámicos, la llegada de los cristianos ampliará la gama ganadera incorporando el porcino extensivo a los bosques de encinas y, sobre todo, alcornoques, de las suaves y lluviosas colinas areniscosas de la Unidad del Aljibe, dispuesta en el extremo sur de la serranía, en lo que hoy es el Parque Natural de los Alcornocales. Más complejo es el caso de las sierras peridotíticas que configuran Sierra Bermeja: su carácter tóxico para la mayor parte de la vegetación característica mediterránea, sólo el pino negral (*P. pinaster*) y el pinsapo pueden colonizarlas, así como sus abruptas pendientes, mermaron la intensidad de su aprovechamiento. Este modelo va unido a un doble

sistema de propiedad: privada para el cereal, pública –comunal primero y particular después– para los bosques de estas sierras litológicamente tan diversas.

– La existencia de llanuras propicias para el cultivo del cereal –ya enunciadas– en las que no vamos a incidir por quedar fuera del objeto de estudio.

– La presencia de laderas que, pese a su pendiente, eran susceptibles de cultivo, fundamentalmente arbóreo: el policultivo de secano que cinceló con almendros, vides, olivos e higueras las colinas pizarrosas desde el Valle del Genal hasta el Valle del Almanzora. Por el contrario, las margocalizas que jalonan las sierras calizas sólo pueden albergar olivares cuando la pendiente, las temperaturas y la accesibilidad lo permiten.

– Y, por supuesto, los regadíos que, desarrollados fundamentalmente por las poblaciones islámicas desde los siglos centrales de la Edad Media, son el objeto de este estudio.

De esta forma, para entender la disposición del poblamiento de la Serranía de Ronda, tenemos que recurrir a la existencia de estos regadíos, tan semejantes a los de la Axarquía, la Alpujarra, o el propio Valle del Guadalhorce. Así, estos regadíos de vertiente permitían un poblamiento más denso, a base de núcleos que, en su época de máxima población, llegaron a alcanzar los 1.000 habitantes algunos y los 3.000 otros. Se entiende así la localización de los



Área desde la desembocadura del Guadaro a Sierra Bermeja y el núcleo central de la Serranía de Ronda, en un pormenor del mapa del reino de Sevilla del ingeniero Francisco Llobet, 1748. Al sur de la ciudad de Ronda destaca la elevada densidad de núcleos de población asentados a lo largo del Valle del Genal. (INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL, MADRID)

núcleos de población de la Serranía de Ronda: frente al escaso número de éstos en la zona norte (Grazalema, Villaluenga del Rosario, Ubrique), en el Valle del Genal se reúnen quince (Algatocín, Alpanseque, Atajate, Benadalid, Benalauría, Benarrabá, Cartajima, Faraján, Gaucín, Genalguacil, Igualeja, Jubrique, Júzcar, Parauta y Pujerra) y cuatro en el ramal que rodea la Depresión del Guadalhorce, entre la Sierra de las Nieves y la de Alcaparaín: Tolox, Yunquera, Casarabonela y la pedanía de Jorox. Un enjambre rodeando las siempre despobladas sierras peridotíticas de Sierra Bermeja, evitando las frías sierras al norte de la de las Nieves, donde sólo El Burgo resiste. Agua y bonanza térmica transformadas en riego, he aquí la clave del poblamiento de la Serranía de Ronda.

Antes de profundizar en algunos de estos regadíos, y para localizarlos adecuadamente en el conjunto de este mundo rondeño, se van a describir sus subunidades, perfiladas en función de su relación con el regadío, abordando de forma interrelacionada sus características físicas y humanas. El orden seguido ha sido de contigüidad: de norte a sur y de oeste a este.

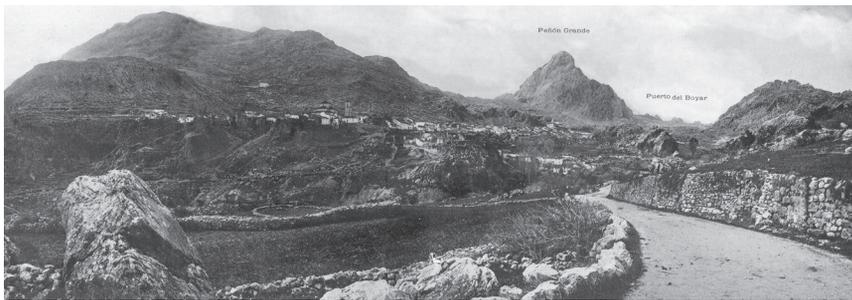
LAS SIERRAS DE GRAZALEMA

El extremo noroccidental de la Serranía de Ronda está configurado por un vigoroso macizo de calizas, fragmentado por el corredor del Boyar. Al norte de éste, las sierras de Zafalgar y el Pinar, aglutinadas también bajo la denominación de Grazalema, de calizas liásicas, que configura el eslabón más occidental de las grandes Sierras Subbéticas. Al sur, la Sierra del Endrinal y la de Ubrique, separadas de los peñones de Montejaque (Mures, Tavizna) por un pasillo ocupado por margas y areniscas de las unidades del flysch del Campo de Gibraltar y recorrido por el Gaduares. Su altura absoluta (1.664 m) y relativa (1.100 m), unida a su emplazamiento a barlovento de la Depresión de Azores que penetra por el Golfo de Cádiz, convierte a Grazalema en el punto que recibe más precipitaciones de España en términos absolutos, con 2.136 mm.

Estas características y su emplazamiento, como primer baluarte defensivo que oponía el Reino de Granada al avance cristiano desde las campiñas del Reino de Sevilla, explican su asig-



Corredor del Boyar, en el macizo occidental de la Serranía de Ronda.



Grazalema (Cádiz), fotografía de J. Gavala y Laborde, del libro *Descripción geográfica y geológica de la Serranía de Grazalema*, 1918. (AGENCIA ANDALUZA DEL AGUA)



Villaluenga del Rosario (Cádiz), imagen tomada por J. Gavala y Laborde y publicada en el libro *Descripción geográfica y geológica de la Serranía de Grazalema*, 1918. (AGENCIA ANDALUZA DEL AGUA)

nación al duque de Arcos, que complementaba así los aprovechamientos cerealistas de su rica campiña con los pascícolas de estas sierras, comprometiéndose a la defensa de la zona.

En efecto, la continentalidad de estos pagos explica que estas copiosas lluvias se aprovecharan más transformadas en pastos que en productos hortofrutícolas. Pero estos usos no han respondido a los mismos criterios de lo que hoy llamamos sostenibilidad y antes, simplemente, uso razonable. Mientras en las sierras de Grazalema han contribuido a la conservación del pinsapar, valiosa flora reléctica, y también de importantes extensiones de quercíneas adeshadas –sobre todo en las colinas margoareniscosas que la separan de la Meseta de Ronda–, en las del Endrinal y Caílo, su vegetación, en su mayor parte encinas y quejigos, cayó víctima del carboneo sobre todo desde finales del siglo XIX, cuando se intensifica la presión demográfica. Hoy ofrecen, pues, un desolador paisaje de riscos blanquecinos donde sólo los procesos kársticos que labran navas



La localidad de Benamahoma (Cádiz), en la Sierra de Grazalema, rodeada de huertas.

y lapiaces permiten oasis de fresca vegetación de Fagáceas. Todo el conjunto, más la Sierra de Líbar, que luego se abordará, forma parte del Parque Natural Sierra de Grazalema.

Estas prácticas seculares, básicamente pastoriles, se tradujeron en el desarrollo de actividades artesanales: el textil lanero en Grazalema y la marroquinería en Ubrique, donde las aguas han servido para mover batanes más que para llenar las despensas de frutas y hortalizas.

En consonancia con este carácter extensivo de los aprovechamientos, el poblamiento fue tradicionalmente escaso y concentrado, pero, aún después de la conquista del Reino de Granada, su situación seguía siendo estratégica. Por ello fue objeto de la política de Nuevas Poblaciones (s. XVIII) con la fundación de Prado del Rey como colonia carolina dentro de las Nuevas Poblaciones, destinada a dificultar el bandolerismo que gravitaba sobre las comunicaciones Cádiz-Madrid.

Su ubicación responde a factores muy dispares. Sólo dos núcleos se sitúan dentro de la sierra. Grazalema, de mayor entidad, domina el corredor del Boyar, que canalizó las comunicaciones entre las poderosas ciudades de Ronda, Arcos y Jerez. Villaluenga del Rosario, por el contrario, es un pequeño núcleo destinado a aprovechar el margoso Valle del Gadares. Los demás se encuentran en su borde. Así, Benamahoma, se sitúa en la salida occidental del corredor del Boyar, donde se localiza unos de los escasos focos de regadíos hortofrutícolas de este sector de la serranía. También Ubrique, en el extremo sudoccidental de la Sierra del Cañillo, ya abierta a las campiñas de Arcos, que alberga el pantano de Los Hurones, destinado a saciar la sed de otras tierras. Asimismo, Zahara de la Sierra, encaramada en un mogote calizo del que parece emerger sin solución de continuidad su iglesia. Hoy se mira en las aguas de otro embalse sobre el Guadalete, antes de que éstas vayan a alimentar los regadíos de nuevo cuño de las campiñas jerezanas.

En síntesis, las montañas más ricas en agua de Andalucía regalan sus aguas a campiñas y costas cercanas, lo que se ha malentendido actualmente mediante un insolidario abuso de las urbanizaciones y las praderas artificiales.

Aunque esta unidad enlaza por el Valle del Gadares con la Sierra de Líbar, hemos optado por articular ésta con el Valle del Guadiaro, y seguir la descripción por otras subunidades donde el significado del agua es semejante.

LAS SIERRAS NORDORIENTALES

El brazo oriental se bifurca, a su vez, en tres ramales, separados por los valles de los ríos Guadalteba y Turón, dispuestos entre las sierras de los Merinos, Blanquilla, Ortegícar y El Burgo. Sólo El Burgo resiste como núcleo de población asignado a la Tierra de Ronda tras los repartimientos. Su orientación hacia el norte las convierte en *non gratas* para los regadíos de cítricos, de modo que el Turón y el Guadalteba llevan las aguas recogidas en sus cimas hacia el Guadalhorce, y la presencia de cerezos en algunos barrancos de la Sierra del Burgo, como Huarte, nos recuerdan sus inviernos más fríos. Por otra parte, la composición litológica, margocaliza, en fondos de valle relativamente amplios –no encajados– no ha hecho necesaria la realización de terrazas. Sólo algunas pequeñas presas, levantadas en la pasada centuria, pero nunca acompañadas de cultivos intensivos, jalonan el Valle del Turón, marcando su presencia con ruidosa espuma cuando las lluvias llenan los barrancos que regulan. De esta forma, predominan los cultivos herbáceos en sus terrazas naturales, festoneados por la rica vegetación de ribera, especialmente hermosa cuando se hace cobriza en otoño. En el Valle del Guadalteba, Serrato y Cuevas del Becerro disfrutaban de pequeñas vegas hortofrutícolas con productos adaptados a las bajas temperaturas invernales. Son éstos los únicos reductos cultivados en un paisaje marcadamente forestal, constituido en su mayor parte por bosques de pinos originados en las repoblaciones hidrológico-forestales ligadas a los embalses del Guadalhorce aludidos. Entrando por el Puerto



Cortijo y molino hidráulico de la Fuensanta, en el valle del río Turón, en la Sierra del Burgo (Málaga). (A. CASTILLO)



Vega de huertas de Cuevas del Becerro (Málaga).

del Viento, desde el Valle del Guadalhorce, podemos observar este paisaje boscoso inserto en parte en el Parque Natural de Sierra de las Nieves, que recibe el nombre del poderoso macizo ubicado en el brazo más oriental, donde se encuentra uno de los conjuntos más valiosos de regadíos de montaña de la provincia de Málaga.

LAS SIERRAS DE LA GARBIA: ALCAPARAÍN-NIEVES

Esta estribación, que cierra por el este el Valle del Turón, está integrada, de norte a sur, por las sierras de Alcaparaín, Prieta, y ya configurando la intersección entre este ramal y la muralla caliza que cierra por el sur la Meseta de Ronda, la poderosa Sierra de las Nieves (1.916 m en el Torrecilla). Integradas por la combinación característica de otros mantos de las Unidades Internas que sitúa los materiales carbonatados –en este caso brechas– sobre los pizarrosos, esta afortunada disposición permite, como en la Axarquía o en el Genal (según se verá más adelante), la aparición de surgencias, a veces acompañadas de travertinos (Casarabonela). Emplazado sobre éstos o en los estrechos valles encajados entre las pizarras, el hábitat se dispuso



Paisaje de cultivos desde las laderas de la Sierra de las Nieves, hacia Tolox (Málaga). (J. MORÓN)

orientado hacia el benéfico sol de la mañana (Casarabonela) o hacia el Mediodía, protegidos por la altura (1.606 m) de Sierra Prieta, abiertas ya a la Depresión del Guadalhorce (Yunquera, Jorox, Alozaina, Tolox). Se puede comprobar aquí ese juego entre organización geológica y organización humana. Si desde el punto de vista geológico esta alineación más extrema de la Serranía de Ronda es asignada a distintas subunidades de las Béticas, desde el punto de vista de la administración territorial, estos municipios, que hoy anudan sus tierras con la Depresión del Guadalhorce con lazos de naranjos y limoneros veteados por los ríos que los riegan –Casarabonela y Plano–, también estaban adscritos a la Tierra de Málaga. Era la Garbia, esto es, la parte más occidental del alfoz malagueño, ya recostada en esta serranía que hacía así de límite con la Tierra de Ronda. Sin embargo, los pinsapos de sus cañadas, tajadas en brechas y dolomías, y los retorcidos quejigos, pacientes objetos de siglos de pastoreo, la unen al ambiente serrano rondeño. El extremo más occidental de la Sierra de las Nieves, a través del Llano de la Nava, enlaza con las sierras que albergan los dos valles que estructuran el amplio sector meridional de la Serranía: el Guadiaro y el Genal.

LAS ALINEACIONES Y VALLES MERIDIONALES: EL GENAL Y EL GUADIARO

Situados al sur de la Meseta de Ronda, ambos valles se orientan en sentido NE-SW, que es el que adopta, en general, toda la serranía. Se trata de dos espacios contiguos, sólo separados por un interfluvio, pero de una diversidad muy acusada en lo que respecta al paisaje.

El Valle del Guadiaro

Frente al modelo característico que emplaza la cabecera de los ríos en la montaña y su curso en el valle, el perfil del Guadiaro lleva su origen a la Meseta de Ronda, de la que sale por el ángulo sudoccidental de ésta, encajado entre la Sierra de Líbar –ese murallón calizo que habíamos enunciado como separado de la Sierra del Caíllo por el pasillo del Gaduares– y Los Riscos, una elevación caliza bien descrita por su topónimo. Hay que detenerse en este segmento del valle para observar los juegos entre el agua y el hombre. En el extremo norte de la Sierra de Líbar, la Sierra de Juan Diego es un laberinto de peñones y poljés, donde se sitúan Montejaque y Benaoján, que esconden sus aguas en procesos kársticos que alimentan la cueva del Gato y que hacen que el Guadiaro pase de pobre río de meseta a rico caudal. Lejos de observar estos procesos, indicativos del carácter permeable por filtración del sustrato, la ingeniería del primer



Antiguo pantano de Montejaque (Málaga), en el extremo septentrional de la Sierra de Líbar, en la cabecera del Valle del Guadiaro. (J. MORÓN)



Benaoján (Málaga), en el Valle del Guadiaro. (J. A. SIERRA)



Huertas junto al río Guadiaro a los pies de Benaoján (Málaga).

capitalismo sólo observó la riqueza de agua y la posibilidad de hacer una presa. El resultado es el vacío pantano de Montejaque, sirva de ejemplo de la diferencia en el entendimiento del agua entre culturas tradicionales e industriales. De ahí, pues, que Montejaque y Benaoján orientasen, como las vecinas Grazalema y Ubrique, su actividad económica más a la ganadería, en este caso porcina, que a la hortofruticultura. Lo que sí puede, y debe, hacer hoy la tecnología y la ideología postindustrial es evitar la contaminación del río por los residuos de tal industria sin impedir su desenvolvimiento.

Hay que retener, para comprender la orientación de su poblamiento, que su nítida orientación norte-sur lo priva de protección de los vientos norteños, que se encajan en este valle y lo convierte en un acceso fundamental desde el Campo de Gibraltar hacia el interior.

A los pies de Benaoján, y hasta Jimera de Líbar, el valle se estrecha aprisionado desde el este por la citada mole de Los Riscos, eslabón más occidental de la muralla que separa la Meseta de Ronda de estos valles y que conecta con la Sierra de las Nieves. Apoyado en Los Riscos, se dispone, en dirección norte-sur, el estrecho interfluvio que lo separa del Genal, hasta tierras de Gaucín, donde ya se adentra en las areniscas del Aljibe; su composición es asimétrica: esquistosa hacia el Genal, esquistosa y margocaliza hacia el Guadiaro y, como eje de esta asimetría, la corona caliza jurásica de Poyato. De esta forma, el casi rectilíneo trazado del valle va surcando materiales muy distintos. En Jimera de Líbar, el fondo del valle aparece rellenado por areniscas primero y por margocalizas más adelante; sus huertas, hortofrutícolas, se sitúan en la ladera recostada de la Sierra de Líbar.

Pero fue el cereal el aprovechamiento que ocupó estas laderas hasta los años cincuenta. Para comprender el alcance de esta potencialidad y uso hay que vertebrarlo al Valle del Genal, porque algunos de sus municipios llevan sus términos de río a río, a través del citado interfluvio, buscando precisamente el aprovisionamiento de este producto, fundamental en el Antiguo Régimen, y al que eran esquivos los materiales pizarrosos del Genal. Otra impronta dejada por este uso es la red de molinos que aprovechaban las aguas para su molturación. Hoy abandonado, la combinación de lluvias, frescor y margocalizas ha permitido la recuperación de la vegetación hasta el estado de matorral noble, marcando una línea de ruptura con las raídas vertientes calizas de Líbar.



Paisaje de Cortes de la Frontera (Málaga) hacia el Valle del Guadiaro.



Curso del río Guadiaro a la salida del tajo de las Buitreras.
(A. CASTILLO)

Aguas abajo, estamos ya en el Parque Natural de Los Alcornocales. Cortes de la Frontera combinaba estos aprovechamientos cerealistas del Guadiaro con sus ricos alcornocales, desplegados hacia el oeste, sobre las areniscas del Aljibe, de propiedad municipal y compartida con la de los municipios de Jerez y Ronda. También formaban parte de su sistema agrario las huertas de las terrazas que aquí pueden flanquear el río, al abrirse el valle. Destacaron los cultivos de manzanos y ciruelos, que obtenían fácil salida gracias al ferrocarril. Estos cultivos entran en decadencia por la competencia de los riegos de los grandes ríos del norte, y han sido sustituidos por cultivos para el autoconsumo, forrajeras o chopos maderables. Los sistemas de riego se basan en la represas y caces, con irrigación por gravedad. La única reglamentación comunitaria consistía en el arreglo de los caces y del azud, antes de que lo hicieran de fábrica, con mano de obra proporcional al tamaño de las explotaciones. Gracias a la abundancia de los caudales, nunca hubo que reglamentar el uso del agua.

Pero esta amplitud del valle dura poco tiempo: las rocas le cierran el paso en Las Buitreras, un tajo vertiginoso apenas vislumbrado desde el ferrocarril, o exigente de una atractiva ruta a pie. Este ferrocarril, que enlaza Algeciras con Ronda, contribuyó a la articulación de su poblamiento y a la consolidación de nuevos hábitats ligados a las estaciones, pero no impidió la crisis del modelo tradicional ni trajo su sustitución por otro más dinámico. En efecto, el Valle del Guadiaro no funcionó, hasta la implantación del ferrocarril, como un espacio articulado: la presencia de pequeños señoríos, los tentáculos de Jerez y Ronda y de los municipios del propio Valle del Genal rompían su unidad fisiográfica.

Veamos cómo se organiza este valle vecino antes de que su río le tribute sus aguas al Guadiaro aguas debajo de Gaucín.

El Valle del Genal

Frente a la disposición rectilínea del Valle del Guadiaro, el del Genal debe su especificidad, desde el punto de vista de los regadíos, a su disposición quebrada. Su dirección inicial es este-oeste, paralela a las sierras que cierran por el sur la Meseta de Ronda: entre dos eslabones ya enunciados, los Castillejos en el extremo occidental y la Sierra de las Nieves en el oriental, se dispone esta línea montañosa de perfil pesado (Almola, Oreganal, Cartajima) y de una altitud que ronda los 1.000 m, y está integrada por materiales calizos y dolomíticos, dispuestos, en



Nacimiento del río Genal en Igualeja (Málaga). (J. Morón)



Parauta y Cartajima, en el valle alto del Genal (Málaga). (J. MORÓN)



Valle del Genal a la altura de Atajate (Málaga), en una fotografía de E. Hernández Pacheco tomada hacia 1930. (AGENCIA ANDALUZA DEL AGUA)



Gaucín (Málaga), la localidad que cierra el tramo medio del Valle del Genal. (J. MORÓN)

algunos sectores, sobre otros pizarrosos. Esa combinación que devuelve el agua infiltrada en las cimas en forma de surgencias y travertinos. La cabecera del Genal se nutre de varias de estas surgencias, algunas más evidentes, como la de Igualeja, y otras más calladas, pero quizás más efectivas, como la del río Nacimiento. Se crea así una solana constelada de manantiales donde se ubican sabiamente los pueblos del Alto Genal: Parauta, Cartajima, Júzcar, Faraján, Alpandeire y Atajate. Cerrando por el este el valle, al sur del Llano de la Nava —en la Sierra de las Nieves— nace una línea montañosa, integrada por materiales pizarrosos, marmóreos y, ya en su extremo meridional, peridotíticos. Su orientación es noreste-suroeste, y en su sector más septentrional cierra por el sur el alto Genal. Desde el punto de vista del poblamiento, la disimetría es clara, pues al estar en umbría, sólo dos pueblos se sitúan allí: Igualeja y Pujerra. Esta línea configura la conexión entre las sierras calizas del norte, ya enunciadas, y el exótico ámbito de Sierra Bermeja, ya en el traspas de la Costa del Sol: la Sierra de Igualeja, entroncada con la Loma de Anicola y, finalmente, la Sierra de los Reales. También constituye la divisoria de aguas entre el Genal y los ríos que desembocan más directamente en el Mediterráneo (Guadalmina, Guadalmanza).

Obligado a discurrir hacia el oeste por estas dos alineaciones, cuando llega a Atajate, el Genal se encuentra con el interfluvio ya enunciado que lo separa del Guadiaro. Recibe las aguas del Audaza, procedentes de la Sierra de los Castillejos, y es aquí donde describe un ángulo de 90°, tomando una dirección norte-sur, comprimido entre este delgado espigón y el poderoso arbotante de Sierra Bermeja. Es el Genal medio, aquel cuyos municipios buscaron el cereal del Guadiaro (Benadalid, Benalauría, Algatocín, Benarrabá en la margen occidental) o se lo proveían las colinas arcillosas de Casares (Genalguacil, Jubrique en la margen oriental) al estar integradas en ese otro estado señorial que contribuía a la protección del Estrecho. Gaucín, dominando la confluencia del Genal con el Guadiaro sobre su Hacho, una de las estribaciones del interfluvio Genal-Guadiaro, completa el profuso poblamiento del valle, antes de que éste se abra en el Bajo Genal, fuera ya de ámbitos de montaña. Su castillo testimonia su función defensiva, emparejada con Casares.

De los paisajes hoy existentes, se puede deducir el sistema de aprovechamientos. El Alto Genal era conocido, en la Ronda nazarí, como el Havaral, con quien compartía los pastos de las sierras calizas. El aspecto desnudo que hoy presentan éstas (Almola, Oreganal) es resultado de la deforestación practicada de forma progresiva por una carga ganadera excesiva dictada por la oligarquía rondeña tras la conquista de la ciudad y su tierra por la Corona de Castilla, o de forma brutal en apenas unos decenios del siglo XVIII, por las necesidades de combustible de la quimérica fábrica de hoja de lata de San Miguel de Júzcar, emplazada en el fondo del río. Sin embargo, esta aparente pobreza encierra unos valores muy notables, ya geológicos y visibles, como el pequeño Torcal de Cartajima, ya hidrológicos y sólo visibles en otros puntos cercanos a



Paisaje del Alto Genal, en la Serranía de Ronda (Málaga). (J. MORÓN)

ellas. Como en la Axarquía, sin estas desnudas moles, los pueblos del Genal no tendrían abrigo respecto a los vientos del norte ni agua para sus regadíos, como se pondrá de manifiesto más adelante. El paisaje que flanquea la estrecha carretera dispuesta entre las carreteras de Ronda-San Pedro y Ronda-Algeciras es hermosamente contrastado: en otoño va del cobrizo de los castaños al blanco de las frías laderas calizas, pasando por el verde oscuro de encinas y alcornoques. Situados a media ladera, sus regadíos unas veces los cortejan –Faraján y sus travertinos–, y otras han de desplazarse a las proximidades del río para buscar sus aguas. En el valle medio, el Genal aparece como un territorio muy compartimentado, con la corriente principal muy encajada, al igual que sus tributarios, a causa de la geomorfología de las pizarras dominantes en el sector medio y bajo de las laderas. Éstas, en su vertiente oriental, son coronadas por las peridotitas que, con sus agudas laderas rojizas, cuando los brillantes pinos negrales no las tapizan densamente, cierran la perspectiva del horizonte. En Los Reales, un rodal de pinsapo enriquece aún más este despliegue vegetal. En este caso, no se da la benéfica combinación de materiales permeables arriba e impermeables infrayacentes. Los distintos materiales agrupados bajo esta denominación de peridotitas son tan impermeables como las pizarras, por lo que las aguas de escorrentía son las más abundantes, proporcionando al Genal una red de generosos afluentes que dan lugar a un intrincado relieve de pequeños valles perpendiculares al río que, a su vez, se complica en su trayecto con bruscos cambios de orientación, a causa de la complejidad de los materiales que atraviesa.

La cubierta vegetal de las pizarras es tan variada como densa: encinas, olivos, alcornoques, almendros e higueras abriga huertos minúsculos delatados en invierno por la nota de luz de las naranjas. En este contexto, los regadíos se circunscribieron a la dualidad molinería-huerto

familiar, consistente en pequeños bancales por debajo de los azudes; aunque en las zonas más abrigadas se instalaron huertas de cítricos, las mayores en los cursos bajos del Genal y Almar-
chal, también asociadas a la molinería.

No existieron que sepamos, salvo en los arroyos donde el agua era más escasa, reglamen-
taciones ni organizaciones legales o consuetudinarias para regular los turnos y tandas. Cada
explotación, por lo general, construía su propia azuda (“súa”) y caz (“cao”), velaba por su man-
tenimiento durante el invierno, y la reparaba al comienzo del verano (de ahí el elevado y
sorprendente número de represas en el Genal). En caso de varias explotaciones –casi siempre
derivadas de particiones y compraventas–, las labores se hacían entre todas las partes implica-
das. El terrazgo se dedicaba casi por completo a la producción de cítricos, dejándose algunos
tablares para el huerto familiar en verano o la siembra de patatas en invierno. No obstante, en
las orillas del caz, cuando las paredes de éste no fuesen de fábrica o excavadas en la pura roca
–caso frecuente–, se plantaban un sinnúmero de árboles que no eran más que la consecuencia
de la necesidad de autoabastecimiento del campesino: granados, ciruelos, cerezos, nísperos,
kakís y membrillos jalonaban frecuentemente estos caces.

En síntesis, la Serranía de Ronda ofrece las dos dimensiones de la relación entre hombre y
agua: embalses del desarrollismo que regulan sus aguas abundantes para llevarlas donde las con-
centraciones de población las exigen. Encajes de acequias y azudes laboriosamente tejidos por
sucesivas culturas a través de los últimos 1.000 años, lo que, refiriéndose al Genal, alguien llamó
“el paraíso amenazado” cuando se proyectó la realización de dos grandes embalses sobre sus cur-
sos alto y medio, ahora eliminados –tras una persistente movilización ciudadana– de la planifi-
cación hidrológica. Lo mismo que ahora la presa de Cerro Blanco amenaza los regadíos de Tolox.
Como reclamo para su defensa, proponemos estas rutas que convencerán a quien las recorra de
su valor como museo vivo de esta relación ancestral entre hombre y agua. Después, adjuntamos
el testimonio de uno de los artífices, anónimo y heroico, como el protagonista de *Soldados de Sa-*



Bancales de huerta en el tramo medio del Valle del Genal (Málaga). (J. R. GUZMÁN)



Embalse de Zahara, al pie de la Sierra de Grazalema (Cádiz). (J. L. ROCA)



Chorrera del arroyo que surca el pago de Balastar, en Faraján (Málaga). (J. MORÓN)

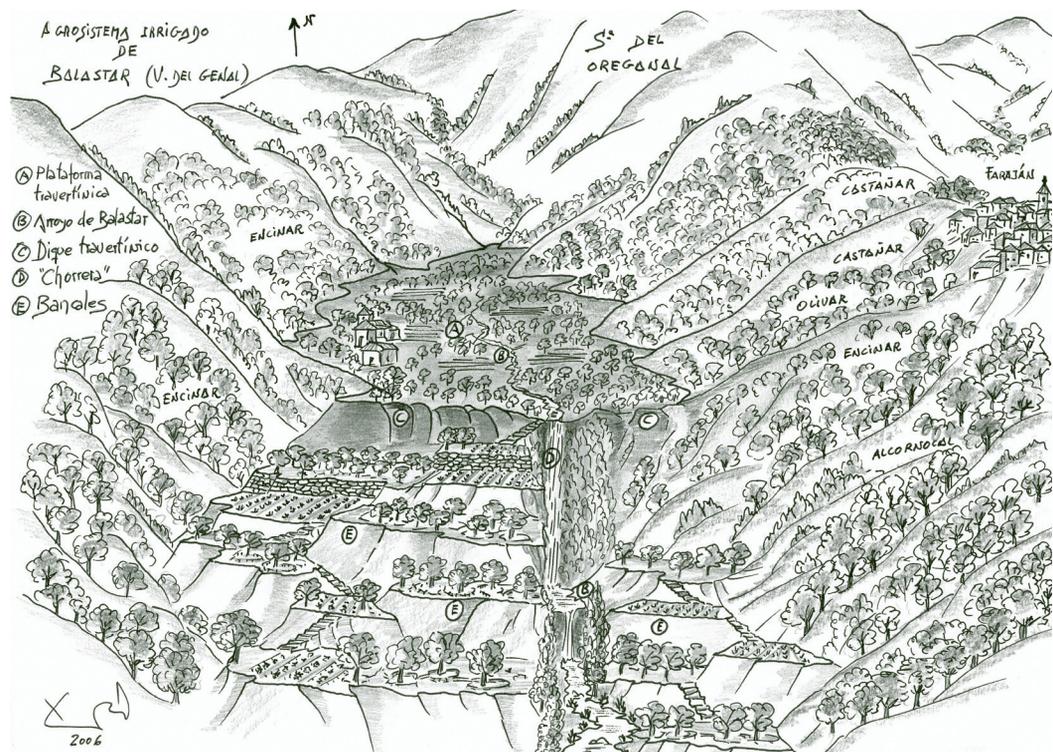
lamina, de estos bellos paisajes de la terraza y la acequia, que transmite la desolación del que ve cómo años de esfuerzo familiar se disipan en un mercado que ya no valora sus productos. Ojalá este estudio contribuya no sólo a su reconocimiento sentimental por la sociedad, sino también al económico que le recompense por eso que ahora llamamos “productos intangibles”.

NOTAS PARA UN ITINERARIO DE LOS ESPACIOS REGADOS EN LA SERRANÍA DE RONDA

Los itinerarios que se proponen facilitan la visita de algunos espacios irrigados a media ladera, o de los fondos de vaguada de los Valles del Genal y del Guadiaro. Pueden realizarse en un tiempo estimado, saliendo desde Ronda, de unas ocho horas, incluyendo el almuerzo, y han de hacerse en los meses de junio a septiembre. La dificultad es mínima, tan sólo hay que caminar para acceder al primero de los agrosistemas durante unos veinte minutos, por un sendero que no ofrece mayores problemas, aunque el desnivel es notable. Los otros espacios pueden ser visitados sin apenas dificultad.

Mañana: travertino de Balastar, huerto de Conde

Para acceder hasta el travertino de Balastar, hay que llegar al pueblo de Faraján desde la carretera Ronda-San Pedro, tomando el cruce que hay a la derecha, en el kilómetro 12 aproximadamente, y dejando atrás los pueblecitos de Cartajima y Júzcar. Otra opción es llegar desde la carretera Ronda-Algeciras, tomando un cruce a la izquierda, en el kilómetro 8.



Esquema del agrosistema irrigado de Balastar, Faraján (Málaga), en el Valle del Genal, según un dibujo de J. A. Castillo Rodríguez.



Terrazas de huerta del pago de Balastar en Faraján (Málaga). (J. Morón)

Una vez llegados a Faraján, se aparca el coche en la plaza, y se toma un carril que hay a la izquierda mirando a la puerta de la iglesia, hacia abajo y, tras unos 200 m, tomamos el camino que gira a la izquierda, senda que no abandonaremos. Ya desde este itinerario, contemplamos la plataforma que forma el dique travertínico, una llanura triangular con varias hectáreas, donde florece un extraordinario policultivo de frutales y huertos que se riegan a expensas del manantial de El Charco, cuyo cauce serpentea entre las cercas de piedra de las parcelas, con canales de derivación para cada una de ellas. Marchamos ahora flanqueados por paredes de piedra seca cubiertas por yedras y trepadoras, y con alegre compañía del agua a nuestros pies, que corre rauda y limpia hacia el dique.

Éste aparece de pronto, interrumpiendo el terrazgo de las huertas, y por él se despeña el arroyo en una cascada de unos 30 m de altura. A la derecha, tras los restos de un molino del que aún es visible el socaz, se estructura una serie de bancales con piedra de toba, formando primorosas parcelas con cítricos y horticultura familiar, con regajos para el paso de agua y escalones para el de las personas, hasta llegar al nivel de base del arroyo. Desde aquí se coge un itinerario hacia la derecha, por un bancale, hasta llegar al final del dique. El camino nos llevará, girando a la izquierda y por encima de una casita de labor, hasta un segundo sistema, donde una nueva cascada nos anuncia la presencia de aquel agua, elemental y casta, que se derrama generosa para fertilizar el entramado complejo de tablares y terrazas.

El sistema irrigado de Balastar merecería, sin lugar a dudas, una mención como monumento etnográfico o similar: jamás hemos visto un espacio mejor aprovechado ni mejor diseñado para casi no tocar lo que el hombre encontró en aquel rincón oculto de la serranía. Antes bien, las arboledas introducidas (nísperos, higueras, ciruelos, cerezos, melocotones, granados, naranjos, caquis, nogales, vid, olivo, castaño, etc.) no han hecho más que enriquecer la biodiversidad del entorno. El agua omnipresente, la sensación de orden, de perfección, los horizontes amplios que se abren al sur, inmensos de azules y atiborrados del verde opaco de las quercíneas, las flores que los campesinos colocan en los taludes, rosales y geranios, para que no falte nada al paraíso,



Frutales y otros cultivos de regadío sobre pequeños bancales en Benalauría (Málaga). (J. R. GUZMÁN)



Alberca de huerta en Benalauría, en el Valle del Genal (Málaga). (J. R. GUZMÁN)

son los ingredientes de este privilegiado lugar, un rincón único que, a pesar de la tiranía de los rendimientos y del mercado, permanece desafiante al desarrollo a toda costa, en manos de unos campesinos sabios y coherentes que guardan y cuidan orgullosos su vergel centenario.

Tomamos ahora la carretera de Alpandeire y, bordeando por el sur el imponente macizo de Jarastepar —en Los Castillejos ¡qué extraordinario museo de formas kársticas!, ¡qué espectacular visión del valle desde aquella atalaya de piedra!—, llegamos hasta un cruce, desde el que viramos con dirección a Algeciras. Pasamos por los pueblos de Atajate y Benadalid, sugerentes nombres que nos hablan de linajes beréberes, y llegamos a Benalauría, por el cruce que se abre a la izquierda. Bajamos en automóvil y aparcamos al lado de la piscina municipal. Justo debajo de ella sale un carril de tierra que se abre en dos; tomamos a pie el de la izquierda, hasta llegar a una pequeña explotación al lado de una hermosa casita de labor: es el huerto del Conde. Llamamos por si están los dueños, a quienes pediremos permiso para entrar. Abrimos la angarilla o portezuela y bajamos, con cuidado y respeto, hasta la alberca. Nos encontramos ahora ante



Laderas al pie de Alcatocín (Málaga). (J. A. SIERRA)

una huerta en miniatura, resuelta en unos diez bancales, algunos no más anchos de 2 m, donde cerezos, granados y cítricos –así como olivos y almendros en los taludes– medran en este sorprendente espacio, una isla en medio del castañar, junto con las mínimas parcelas de habas, patatas, acelgas, maíz, cebollas, tomateras, pimenteras, etc.

La alberca se encuentra, casi escondida, bajo uno de los taludes del que caen los chorros del manantial, ensombrecida bajo los árboles para paliar la evaporación. Los regueros principales se abren junto a las paredes de piedra seca, saliendo de ellos los secundarios hasta los alcorques, a través de los quebraderos o pasos. Regajos empedrados para evitar el acarcavamiento superan los desniveles entre las terrazas.

Este pequeño espacio irrigado puede servir de paradigma a los que se esconden entre las arboledas naturales del Genal. Basta que exista un manantial para que algunos chopos, helechos y trepadoras nos anuncien la presencia de una alberca presidiendo bancales y tablares, suspendidos casi siempre sobre barrancos imposibles, en las solanas del Gorgote (Alpandeire), del Higuero y de Monarda (Jubrique), en los valles de Benajamuz (Algatocín) y Veguetas (Benalauría), en los del Estercal, en Benestépar y Benajarón (Genalguacil), etc.

Los agrosistemas de ladera descritos, en fin, son huella imperecedera del *yanna* o *munia* (huerto o jardín) de los árabes. La equivalencia no es casual: siendo para el musulmán el jardín una imagen del paraíso, no es extraño que conciban su huerto, ese pequeño espacio paradisíaco que les sustenta, como un fragmento de ese edén, donde no deben faltar el orden lógico y prefijado del universo (los regueros, la alberca, los alcorques, los bancales), los bienes que Dios concede (el manantial, la tierra, los árboles, los frutos del huerto) y el disfrute de los sentidos (el frescor y el olor, la sombra, las flores y el permanente sonido del agua).

Tarde: Salitre, molino y huertos de Máquina Quemada

Podemos almorzar luego en Benalauría, y por la tarde nos dirigimos a Salitre, en el término de Algatocín, siguiendo la carretera a Algeciras y girando hacia Cortes de la Frontera, justo en el Puerto del Espino. A unos 3 km, llegamos hasta el citado lugar, justo al lado de uno de los molinos que sobreviven. Podemos visitarlo, pues aún se encuentran en buen uso sus instalaciones, y más tarde ascender por una vereda que sale a la derecha, siguiendo el curso del arroyo. A ambos lados se aprecian las pequeñas explotaciones de maíz, hoy transformadas en parcelas



Rodezno en funcionamiento e interior de uno de los molinos hidráulicos tradicionales de Salitre, en el término de Algatocín (Málaga). (J. MORÓN)

con arboleda y casas que, desgraciadamente, nada tienen que ver con los antiguos modelos. No obstante, el lugar conserva íntegros sus valores medioambientales, a pesar de algunas instalaciones de hostelería que se han construido recientemente.

Desde aquí, el paisaje es espectacular. Las generosas tardes del Guadiaro nos diseñan con todo su esplendor las crestas de la Sierra de Líbar, con su blanca desnudez que, púdica y lentamente, se va recubriendo de encinas, aulagas y majuelos. Cortes se extiende en un rellano del pie de monte, dominando los pequeños pegujales de olivar y almendral hasta que la presencia del río se haga patente con las enhiestas filas de las alamedas. Allí existieron las huertas de peros y ciruelas, hoy abandonadas o sembradas de forrajeras, que jalonaron toda la ribera del río. Por su parte, los alrededores de Salitre aún muestran la vieja dispersión de aquellas tierras, con las casas de labor, las cercas de piedra, los espacios adhesionados, bajo los ásperos cantiles de la dorsal que se recortan a levante.

En esa misma carretera de Algeciras, desde el pueblo de Algatocín, tomamos la dirección a Jubrique y Estepona, a la izquierda. Hemos de llegar hasta el puente de San Juan, en el río Genal. Preguntaremos allí por el carril de Máquina Quemada, o del Molino de Almenta; está, volviendo atrás –a 1 km aproximadamente– a la derecha. Se toma dicho carril hasta llegar a una verja. Es preciso, si no tenemos llave –se puede pedir en Benalauría, hablando con los



Paisaje hacia el pago de Salitre, Algatocín (Málaga). (J. MORÓN)

dueños, o sea, la familia de Antonio López Almenta—, dejar aquí el coche y seguir hasta el río, que cruzaremos a pie; continuamos unos 100 m más, y de nuevo cruzamos la corriente hasta acceder al caserío del agrosistema.

He aquí un perfecto y magnífico modelo —apenas sobrevive alguno más aguas abajo— de la dualidad productiva molinería-huerto, tan común a estos fondos de valle. Nada más llegar, nos envolverán las sombras y el agua, siempre presente, saliéndose a chorros por las fuentes de lavar trigo —curioso e ingenioso artilugio hecho de obra, donde el agua depura, filtra, lava y almacena paja y trigo—, por los socaces y, por si fuera poco, brincando desde una serie de surtidores que los propietarios han establecido como homenaje al agua que dio de comer y beber a los antepasados. El molino puede visitarse, pues se encuentra en un estado más que aceptable.

Subimos al caserío y encontramos, en un patio de chinás, el final del caz. Es aconsejable recorrerlo en su totalidad (600 m) hasta el azud. La travesía nos mostrará los huertos y tablas, exquisitamente labrados y aprovechados hasta el último centímetro de tierra, cuidada, casi cernida, con una distribución de los cultivos muy bien racionalizada y dispuesta. Flanquean los taludes membrillos, granados, ciruelos, con cítricos en las zonas más abrigadas. Conforme avanzamos, el caz se hace piedra casi, con excavación en la roca, jalonado de choperas, saucedas, zarzales y adelfas floridas. En la sombría pared del talud, el universo malva de la flor de la viuda (*Trachelium coeruleum*), las colas de caballo (*Equisetum telmateia*) y algunos manchones de *Pteris vittata* requieren nuestra mirada, como para demostrar que en aquel lugar no cabe ni un lugar exento de vida o desprovisto de belleza.

Por el fin, el azud, hecho en parte de obra, pero con su centro construido con madera, taramas y tierra, para que la crecida invernal no dañe la acequia. Allí, la pared de la montaña cae vertical, cuajada de quejigos (*Quercus canariensis*) que llegan casi hasta el agua, mientras en la orilla opuesta se alza una esbelta alameda. ¡Cuántos tonos de verdes! ¡Qué hermosa combinación de sonidos, el contrapunto del viento sobre los altos chopos y el agua que rebosa! He aquí el inicio, el origen de todo. El fundamento sobre el que hombre diseñó su propio sustento, sin de nuevo desmerecer o dañar lo que allí se hallaba. A un lugar tan hermoso, a un equilibrio tan cuidado, a un esfuerzo tan noble, no podría preceder sino un lugar mágico, único, como el que estamos mostrando, un lugar que os cedo gustosamente como el mejor colofón para estos itinerarios propuestos.



Huertos y tablas de Almenta, en las proximidades del río Genal (Málaga). (J. R. GUZMÁN)